



Crisis financieras que rebasan el siglo XX

Por: Marlene Otero S.*

Sary Levy Carciente

Las progresivas crisis financieras que golpearon las economías en distintas partes del mundo durante el pasado siglo, se extendieron a cercanas y remotas regiones respecto a los lugares de origen en que cobraron vida dichas “burbujas” e impactaron los distintos sectores de la economía de los países. Lo que a simple vista pudo apreciarse fue su impacto cada vez más global y las grandes magnitudes monetarias que fueron involucrándose.

De igual forma, estas crisis financieras hicieron a los analistas marcar el acento sobre la falta de control de los organismos internacionales sobre los movimientos de capitales, sobre las inversiones del tipo “golondrina” o “de portafolio” que fueron imbricándose en distintos países, sin ningún tipo de control nacional ni internacional.

También se criticó el papel asumido luego de estas crisis por el Fondo Monetario Internacional cuyos auxilios financieros representaron condicionamientos económicos y políticos que resultaron insostenibles para muchos países.

Uno de los planteamientos centrales de la autora que seleccionamos en esta oportunidad, Sary Levy Carciente quien este año presentó su obra “Un siglo de pánico: Las crisis financieras del siglo XX”, se sustenta en el *comportamiento* de *borrego* que se habría podido evidenciar en las actuaciones de las distintas personas e

* Marlene Otero Silva es miembro del grupo de investigación en Regionalismo, Integración y Desarrollo de la Universidad de Los Andes, Venezuela. E-mail: otero_silvamarlene@hotmail.com

inversionistas, quienes ante el temor de una crisis de balanza de pagos, cambiarias, bancarias, bursátiles, o mixtas se apresuraron a vender sus acciones y a retirar sus capitales de la(s) economía(s) o países que a la postre cayeron en este tipo de emergencias económicas.

Es así como Sary Levy Carciente, economista y docente de la Universidad Central de Venezuela quien comienza su análisis a partir del Jueves Negro de la Bolsa de Valores de Nueva York –acontecimiento más conocido como el Crash de 1929– advierte que las crisis financieras no nacen en el siglo XX –la primera que se conoce fue en Holanda: crisis de los tulipanes en 1636– sino que su ocurrencia se incrementa. Estas crisis se han convertido en un problema tanto para países emergentes como para economías desarrolladas.

Además de dedicarse a delinear en una primera parte de la obra las políticas diseñadas en el sistema económico internacional del pasado siglo identificadas como las reglas o el sistema de Bretton Woods, la autora revisa en su obra las principales crisis económicas acaecidas durante el siglo XX e incluso las que se sobrepusieron a éste hasta el 2007. La última de ellas, identificada como la Crisis de las Subprime (más conocidas como hipotecas basura).

En forma detallada, la autora describe lo acontecido en el crack bursátil de 1929 (conocido como el Jueves Negro o Gran Depresión de los años 30), el crack bursátil de 1987 (Lunes negro), la crisis cambiaria del sistema monetario europeo, el Efecto Tequila, el Crack asiático: el efecto dragón, el Efecto Vodka, el Efecto Samba, el Efecto tango, el crack del Nasdaq: el derrumbe de las puntocom y la crisis de las subprime.

El fenómeno del contagio

Interpretando una de las ideas centrales de la autora, acerca del “comportamiento de borregos”, Herman Sifontes, quien escribe el prólogo del libro, sostiene que:

“por culpa de ese pánico –inducido por un mal cálculo, por la declaración desafortunada de un alto funcionario, por el anuncio de un gobierno agobiado por las deudas– se han producido varias veces

los fenómenos psicológicos que caracterizan las crisis financieras: el miedo se contagia en cuestión de horas, ahora de país en país, y en asunto de días la economía del mundo entero puede sufrir un sacudón que implica la pérdida de miles de empleos, la desaparición de unos cuantos patrimonios y hasta suicidios de personas que ven cómo han perdido todo en un instante”.

Entre las conclusiones que presenta la autora, frente las debilidades que aquejan al sistema financiero mundial menciona la debilidad de la economía mundial, la creciente interdependencia, la laxitud en la supervisión de las transacciones financieras, riesgos mal cuantificados en el proceso de apalancamiento y de titularización de los instrumentos, pobre conocimiento de la población respecto a los instrumentos financieros que adquiere y la consolidación de un meta-riesgo moral en las actividades de inversión.

Ante esas debilidades recomienda consensuar nuevas formas, nuevos actores y nuevos vínculos en el diseño institucional que debería de constituirse en el sistema financiero mundial que estructure la dinámica del complejo mundo financiero, muy posiblemente no para controlarlo, ni siquiera para ordenarlo, sino “para aprender a surfear en sus olas”.

Respecto a las consecuencias que la última crisis acaecida. —e identificada como la crisis de la subprime— y sus efectos para América Latina, considera que la región se encuentra en mejores condiciones para confrontarla que durante las crisis anteriores; sin embargo, la caída en el crecimiento global reduciría el dinamismo de las exportaciones regionales y de los flujos de capital tanto por inversión extranjera, préstamos, remesas y turismo, lo cual afectaría las condiciones de vida de la población vulnerable, que en este espacio geográfico suma 184 millones de personas en condiciones de pobreza.

A objeto de este debate, vale recordar planteamientos como los de Juan Tugores, quien en 2006 entre las propuestas recogidas en función de una nueva estructura del sistema financiero internacional menciona el control de capitales, política adoptada por Malasia, país que en plena crisis asiática dispuso de dicho mecanismo, en abierta oposición a lo recomendado por el FMI para ese entonces. De mane-

ra similar habría actuado Chile en los años 90, en la búsqueda de capital e inversiones a más largo plazo.

En aras de democratizar las decisiones sobre importantes asuntos financieros internacionales se ha recomendado también disminuir el “déficit democrático” de organismos internacionales –como el FMI–, en sus sistemas de votaciones para que haya mayor participación de países en vías de desarrollo, así como adaptar los principios de representación para que frente a una crisis puedan participar en las recomendaciones los ministerios, países y grupos de ellos afectados, junto a las naciones más poderosas del planeta.